

¡No a Tánatos!

– Johnny, escucha; tienes que ser una buena persona – dijo Tánatos.

– No quiero – respondió el chiquillo al que el mismísimo Chuck Berry dedicó una canción.

– Qué va a pensar la gente si te ve con esa pinta de vago y maleante, eh, dímelo tú. Esa imagen que das de ti a los demás es lo más importante porque es lo primero que le entra a la gente por los ojos; piensa sino en esta misma ciudad donde vives, en Burgos, el arco de San Gil es un ojo...

– Yo no doy ninguna imagen...

– El hoyo del Crucero es un ojo hundido en su cuenca, el cerro del Castillo es una montaña de ojipláticos señores juzgándote en esta dura competición que es la vida; esa esquina de Laín Calvo es el filo de su cuchillo y él te cortará y tu sangre se derramará cerca de Fernán González y tu destino quedará atado las manos largas de San Francisco. Escúchame de una vez; **go, Jonny, go, vamos, vete de una puta vez a producir** para que así no estés todo el rato pensando, erre que erre, que si te enamoraste perdidamente aquí, allá y acullá, que si **Eros no quiere el trabajo enajenado**, que si llevas diez putos años escribiendo novelas, ensayos, poemarios y artículos y que eso debiera considerarse como un trabajo cuando lo único que consigues es hacer el ridículo no sólo ante nuestros vecinos jueces sino sobre todo ante ti y como sabes el ridículo en un mundo tan pequeño como este, en fin, y lo peor es que no eres consciente de que tu responsabilidad es ser responsable como esclavo, a ver perdona hoy estoy es-pesa-do, tú obligación es ir contra tu deseo y esto se entiende en que no todo el mundo puede ir desatando a su Eros interior porque en fin, ya sabes, la civilización se iría al garete y entonces qué sería de nosotros; tú te dedicas a hacer el vago y a fumar flores amarillentas y resacas mientas recitas como un poseso a esos poetas de nombres perdidos y oscuras intenciones, te quedas ahí pasmado y te dan escalofríos azules y se te eriza la piel

como hierba fresca y yo no sé cómo decirte que las personas tenéis que haceros responsables; tenéis obligaciones para con vosotras eso para empezar y luego con otras personas y sí, ahora empezarás a decirme que si ya has trabajado y no has podido soportarlo pero eso ha sido porque no has querido soportarlo. Explícamelo, y no vale salirse por la Tangente... no, majo, no, quieto ahí un momento.

– Que te jodan tío. Me estás dando mal rollito; ahí te quedas, me voy a las Fuentes Blancas a sumergirme un poco en esas intenciones oscuras que dices... – Johnny se puso a gesticular sacando la lengua, haciendo ruidos graciosos.

– Ya me sé el discursito de que eres un vago porque la gente poderosa, la mala gente como el Pozo ese del que siempre hablas, quería que tú disfrutaras prostituyéndote y compitiendo a machetazo limpio para ganar unas cuantas moneditas de chocolate, pero qué quieres, el mundo funciona así, que eres un niño, la vida no se puede separar del sistema a ver si te enteras que eso lo tiene escrito Habermas...

– Yo a Habermas me lo paso por el forro de los cojones.

– Ya claro tú te pasas por el forro a Habermas verdad que sí, y encima te quedas tan ancho después de soltarlo, a ver... Eros no puede bajar la tierra prometida aquí, a este Burgos donde apenas hay oportunidades y menos para un vago y maleante como tú... Johnny, Johnny, tienes que aceptar tus responsabilidades de esclavo.

Pero Johnny no quería escuchar a Tánatos y soñaba con darle una paliza ayudado por sus amigos resacosos. El joven se iba a Fuentes Blancas y se quedaba allí leyendo y escribiendo poesía mientras la piel se le iba erizando como las agujas de pino que se asomaban entre los brazos y dedos verdes del bosque. El viento soplaba como la colada colgada en la terraza. Tras dejar el libro, él sabía que saldría del cobijo del bosque y de los versos de los poetas, sabía que conduciría por la ronda y Gamonal y que Tánatos y su amigo Capital volverían a hablarle más tarde o más temprano. Tendría que volver a luchar y buscar la ruta de fuga. Y estaba decidido a hacerlo, pues

Eros le susurraba sus placenteros versos al oído.

La crisis generacional y la necesidad de vivir



El drama de la juventud se masca en lo que todos vemos; **niños deprimidos y aislados en su habitación, viviendo en la virtualidad de la pantalla**, como mónadas aisladas de todo contacto real. Quizás, nosotros mismos hayamos sentido la frustración de quien se piensa sin futuro, porque no puede independizarse, ni trabajar o soportar la autoridad del sistema educativo; entonces irrumpen las ganas de desvanecerse y permanecer en la cama, sin fuerzas si quiera para levantarse y afrontar otro día de paralizante y malsana rutina. Sabemos de jóvenes que se han marchado del barrio para recolectar en Francia o en Huelva, advertimos la violencia estructural cuando se visibiliza la exclusión de la juventud precaria, que cada vez participa menos de la vida social de su ciudad, sale menos por el barrio, y ahorrar los cuatro duros que les dan sus padres para poder comprar alcohol o yerba y huir así del malestar que colma la vida cotidiana. Para volver a comenzar al día siguiente.

Día a día la ruptura generacional se nos muestra en la **desidia**

de los y las jóvenes que conocemos. El miedo consume la maravillosa época de la juventud para convertirla mediante el predominio de la confusión, marañas y frustraciones que un adulto ya puede medir en su término justo. Un adulto se dice que, después de todo, la vida nos ha decepcionado a todos y que más vale aprovechar lo entretenido y provechoso de la travesía. Pero quizás un joven no cuente con la seguridad de la experiencia y no haya aprendido tanto de los fracasos, y las ganas de aprovechar las oportunidades se le hayan escapado porque las mismas oportunidades cambiaron, como si hubiera sido arrojado a un cuarto hostil en que las puertas sólo se abrían para quienes apoquinaban a los guardas que las custodiaban. De forma que las expectativas se tornaron, para los jóvenes, en un oscuro tapiz en el que no había ningún plan estable, ninguna luz que indicara las certezas necesarias para realizarse en la vida.

La juventud sentimos, y a partir de aquí me incluyo, la **necesidad de vivir**. En nuestras vidas sentimos la desesperanza de lo que Lacan llamó "**personalidades no consumadas**", puesto que no podemos crear las condiciones reales que posibiliten la libertad por la que tanto anhelamos; la libertad donde realizarnos a nosotros mismos, abriéndonos a los demás y viviendo, equivocándonos y aceptando que el dolor es parte de la vida. Para esto necesitaríamos librarnos del miedo y de las relaciones virtuales con la pantalla, también un sitio para conocernos y para follar, una vivienda para crecer con nuestras parejas o en soledad; cometiendo errores, sí, desapegando la sobreprotección, las presiones y los chantajes emocionales de unos progenitores que no tienen la culpa de nada porque, nosotros que hemos leído a Althusser, entendemos que sus discursos, ideas y prácticas autoritarias son las expresiones de la situación en que ellos han sido sujetos, asidos, maniatados por la educación y el miedo, y ya no son individuos sino sujetos de la autoridad.

Althusser nos ayudó, a la juventud, digo, en cierta manera

también lo hizo Marcuse; al tiempo que el primero nos enseñaba que los sentimientos son las formas de la autoridad familiar y conyugal, y que por tanto por qué habríamos de sentirnos culpables por actuar en libertad, si somos lo suficientemente íntegros como para no querer nada malo para el resto, claro, y el segundo nos enseñó que la utopía es posible, poniendo el énfasis en que el inconsciente es también político; el modelo de familia y la **represión sexual**, colocaron a Marcuse en el centro del debate estudiantil porque hablaba de problemas que resultaban más acusados durante la juventud, puesto que los adultos ya habían resuelto problemas parecidos o alineado la conducta.

El malestar se produce cuando, frente a las expectativas creadas, chocamos con la dura y miserable realidad de la privación y la precariedad; el no poder acceder a la ciudad porque sólo se puede con dinero, ahorrar en calefacción y comer comida de mala calidad para ahorrar, al tiempo que otra gente ya tiene el futuro hecho antes casi de venir al mundo. Después de la frustración, llega la agresividad, que en la mayoría de los casos no se transforma en movilización política, en un programa de necesidades rupturista que ponga el centro en la injusticia social, la represión sexual y política, la opresión del patriarcado y la situación insostenible del medio ambiente, pero que debe ir más allá de la renta básica universal y plantearse un cambio en el modo de entender el trabajo y de entender la política.

Si el 15M fue un movimiento social que politizó a la juventud, en la actualidad vivimos un abandono de la protesta, por el ciclo electoral y la apuesta de las burocracias sindicales y partidistas de frenar el impulso a la movilización popular, esperando que las elecciones supongan una oportunidad para integrar a Podemos en el sistema partidista. Pero las necesidades materiales de los y las jóvenes no se van a conquistar en las urnas, porque las instituciones del sistema capitalista, por mucho que Pablo Iglesias quiera olvidarse de

las lecturas “estructuralistas”, sirven para asegurar la tasa media de ganancia de capital (5% durante el siglo XX) y para muestra lo que ha hecho Tsipras tras el chantaje que sabía iba a encontrarse por parte de las instituciones europeas. Recordemos; la UE es una estructura creada para que ganen Alemania y sus bancos.

La política debe impregnar la vida cotidiana, pero nos encontramos aislados, los espacios públicos han sido privatizados y el miedo predomina en las relaciones sociales. Antes hablábamos del drama de la juventud, que siente una necesidad de vivir y una personalidad no realizada porque el miedo paraliza, destruye, separándonos a cada una mediante murallas de desconfianza. A la defensiva; la vigilancia y el control, los prejuicios y las habladurías. Todos decimos que no nos importa lo que piensan los demás, sabiendo que no es verdad. Nosotros somos significados por el otro; cuando, por ejemplo, alguien nos llama ni-ni, por un momento sentimos la sanción del lenguaje, que a veces se nota en el reflejo involuntario del rostro pero que dentro experimentamos como una breve e incontrolada punzada, como si durante unos instantes nosotros mismos hubiéramos creído ser ese ni-ni que tan mal visto está por la gente.

Después de todo, nos presentan a los ni-nis como si tuvieran la culpa de algo, cuando en realidad se trata de niños y niñas deprimidas por la necesidad irrealizada de vivir y de ser capaces de planear un futuro. Además, el concepto de trabajo se entiende, a veces, como si sólo englobara el trabajo asalariado. Pero ¿Qué ocurre con las labores domésticas, con los cuidados, el arte, con todo el trabajo no reconocido como tal? Pero estas preguntas las pensamos después de haber recibido la sanción del lenguaje.

No queremos sentirnos mal por actuar en libertad, bajo las condiciones autoritarias de nuestras vidas. Pero para escapar de ellas, mejor sería no recurrir a las salidas fáciles; como la droga por ejemplo, ni la fiesta como escape de una semana

dura y exasperante, al igual que la anterior. Tratemos de construir nuestra identidad nosotras mismas sin que nadie venga a significarnos, a decir lo que somos o dejamos de ser. Claro que para eso, antes habríamos de tener cosas en común, deshacernos de estos anclajes que nos sujetan a la desesperación, y conocernos. Una vez que tengamos eso, sólo habremos de tirar abajo todo lo antiguo, todo aquello que impida que creemos las finalidades de la libertad.